

CONTROVERSIA

ALAIN BADIOU - JEAN-CLAUDE MILNER

CONTROVERSA

Diálogo sobre la política
y la filosofía de nuestro tiempo

Coordinado por Philippe Petit

Traducción de Horacio Pons



Badiou, Alain

Controversia : diálogo sobre la política y filosofía de nuestro tiempo / Alain Badiou y Jean-Claude Milner.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2014.

288 p.; 22,5x15,5 cm.

Traducido por: Horacio Pons
ISBN 978-987-628-302-1

1. Ensayo Filosófico. I. Milner, Jean-Claude II. Pons, Horacio, trad. III. Título
CDD 190

Título original: *Controverse. Dialogue sur la politique et la philosophie de notre temps.*
Animé par Philippe Petit.

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: mayo de 2014

© de la traducción Horacio Pons, 2014

© Editions du Seuil, 2012

© Edhasa, 2014

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-302-1

Prohibida su venta en España

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Kalifón S.A.

Impreso en Argentina

Índice

No reconciliados.....	9
1. Una polémica originaria	27
2. Consideraciones sobre la revolución, el derecho, la matemática	89
3. Del infinito, de lo universal y del nombre judío	139
4. De la izquierda, de la derecha y de Francia en general	197
Post scríptum	261

No reconciliados

Dos monstruos, dos inteligencias francesas a menudo censuradas, y nunca por las mismas razones. Se conocieron en 1967, durante los “años rojos”, en París. Uno era entonces profesor de liceo, otro volvía de una estadía de un año en el MIT. El primero es hoy el pensador francés más leído en el extranjero; el segundo, que lo es poco, se ha impuesto en el Hexágono* como una figura intelectual de envergadura.

Ambos comparten un amor incondicional por la lengua francesa y su particular dialéctica. No habían confrontado sus trayectorias y sus ideas desde su ruptura en 2000. Esta era el resultado de un artículo de Alain Badiou aparecido en *Libération*, que provocó el disgusto de Jean-Claude Milner. Badiou se burlaba en él de la trayectoria de Benny Lévy (1945-2003), un ex camarada de armas y amigo de Milner, que

* La Francia continental. (*N. del T.*)

había pasado, como es sabido o como él mismo decía, de “Moisés a Mao y de Mao a Moisés”. A decir verdad, jamás habían hablado de sus divergencias de manera tan frontal.

El intercambio que el lector va a descubrir entre Alain Badiou, nacido en 1937 en Rabat, y Jean-Claude Milner, nacido en 1941 en París, no era, por tanto, algo que pudiera darse por descontado. Motivos circunstanciales y caprichosos podían interrumpirlo. En consecuencia, se convino con ambos que se llevaría a buen término. Que no permitiríamos que se dejara ganar por falsos pretextos y que se referiría tanto a las cuestiones de nuestro tiempo como al dispositivo de pensamiento de uno y otro. Que sería una oportunidad de organizar en extensión sus altercados y explayarse sobre sus presupuestos. Y que debía proporcionar a la lectura un inventario de los diferendos que oponen al que habla a aquel a quien él habla, sin perder nunca de vista a aquellos a quienes ambos se dirigen.

Con ese fin, fue necesario establecer un protocolo. Se decidió que nos reuniríamos cuatro veces, entre enero y junio de 2012. Las tres primeras reuniones transcurrieron entre un sofá y un sillón. La última, alrededor de una mesa. Yo había pedido que fuera así para variar el modo de interlocución y desplegar mis papeles; en realidad, para modular con

mayor rigor el diálogo. Jean-Claude Milner temía con ironía ser “devorado” por el sistema, como Kierkegaard por Hegel. ¿Era la mesa? ¿Era la naturaleza de los temas abordados? La última reunión fue con mucho la más distendida. La conversación —lo era— se desarrolló con guantes de seda.

Estos encuentros se habían preparado durante un almuerzo en el que se trazó una breve recapitulación de los puntos de fricción entre los dos pensadores. El infinito era uno de ellos, y también lo universal y el nombre judío, pero la discusión se convirtió con bastante rapidez en una revisión de la prensa internacional de alto vuelo.

La escena, que habría podido tener por decorado la biblioteca de una embajada, se desarrolló en un restaurante cerca de Notre-Dame. Alain Badiou y Jean-Claude Milner acababan de retomar el contacto. Ese día intercambiaron sus puntos de vista sobre Alemania y Europa, los campus norteamericanos y la vida política francesa, pero no mencionaron Medio Oriente. No importaba: el diálogo entre ellos se había reanudado, tanto sobre puntos teóricos como en torno de análisis concretos. Ya no quedaba sino orientarlo y temperarlo para evitar que tomara mal cariz.

Las reuniones se extendieron durante tres horas cada una y se desarrollaron como se había convenido.

La prueba de la relectura fue particularmente fecunda. Cada uno de los autores releyó y corrigió su parte, sin modificar en nada el ritmo de los intercambios, pero dando mayor precisión a algunas formulaciones.

El paso del habla al escrito afianzó los argumentos de cada cual e intensificó aún más el lenguaje. La construcción final respeta empero el tono de la conversación, que alterna largas exposiciones y réplicas más vivas y entrecortadas. Traduce la calidad de la escucha, el asombro, el deseo de convencer que salían a la luz en la oralidad.

En efecto, si no hay reflexión sin división interior al sujeto y exterior a él, así como no existe violencia que no sea a la vez subjetiva y objetiva, no hay verdadero diálogo sin que se apele a los presupuestos y el método de cada uno de los interlocutores. No basta con oponerse, es preciso además convencer, y cuando no puede ser así, no basta con justificarse, hay que saber explayarse sobre lo que funda los argumentos propios. Eso es, creo, lo que Alain Badiou y Jean-Claude Milner lograron a la perfección en este diálogo. Polemizaron, a veces con dureza —al extremo de querer agregar un post scriptum en relación con lo que más los atormentaba, a saber, sus posiciones respectivas sobre el Estado de Israel y la situación de los palestinos—, se enfrentaron en lo tocante a cuestiones centrales re-

feridas, por ejemplo, al estatus de lo universal y el nombre judío, la matemática, el infinito, pero también concertaron su juicio o, mejor, armonizaron su pensamiento en torno de numerosos puntos concernientes a la herencia de las revoluciones, la obra de Marx, el derecho internacional, los levantamientos árabes, la situación histórica de Francia, el papel de la izquierda parlamentaria, el candidato “normal”, el movimiento de los indignados, la herencia de Nicolas Sarkozy y muchas otras cuestiones más.

En cierto modo, los dos autores se pusieron de acuerdo sobre su desacuerdo y no temieron acordar sobre el resto. Era preciso, para no ceder al facilismo ni dar la impresión de que aquí y allá quedaban algunos sobrentendidos capaces de hacer creer en una entente cordial apuntada a construir una puesta en escena ventajosa para la trayectoria de ambos. En efecto, un hecho adquirido de la historia intelectual francesa es considerarla no comparable a ninguna otra. Sin ser superior a las otras ni dar testimonio de una indiferencia a lo extranjero, la anima empero su propio principio de división. Así, Descartes —ese caballero francés— no es más francés que Pascal, y Rousseau, en su lengua, no lo es menos que Voltaire, mal que les pesara a Péguy y a todos los que desesperaban de encontrar una fórmula para definir el

espíritu francés, cuyo carácter ligero había intentado captar Nietzsche a toda costa.

No hay nada que esperar de ese esencialismo absurdo. Conviene, sin embargo, apreciar en su justa medida lo que distingue la historia intelectual francesa en cuanto al estilo y el pensamiento. Sartre fue a la vez un doctrinario implacable y un analista sin par de las tensiones políticas, un prosista enmarcado en la tradición de los moralistas franceses y un intelectual comprometido en el sentido fuerte del término. Alain Badiou es un filósofo integral, apóstol de la frase clara y conferencista de talento, a la vez prosista y fiel a sus compromisos. Su padre, que fue miembro de la Resistencia y comentaba delante de su hijo, sobre un mapa fijado a la pared de su oficina, los avances de los ejércitos aliados, y que después de la Liberación llegó a ser alcalde de Toulouse, fue su primer mentor. Sartre y Althusser fueron sus primeros maestros, y los agitadores públicos que eran los filósofos de la Ilustración, sus constantes inspiradores. No hay una sola línea de su obra que no esté en deuda con esas tradiciones multiformes, a las cuales habría que agregar los nombres de Platón y Lacan, que traman su idea de la verdad y su concepción del sujeto.

No se puede comprender en absoluto el despliegue de su obra, su metafísica y su reciente ingreso al

debate público si no se lo interpreta en función de esa historia. Lo que hace que en nuestros días Alain Badiou sea un pensador global, un filósofo internacional tan conocido en la Argentina como en Bélgica, Grecia o California, obedece a esa herencia en la misma medida que a su capacidad de mantenerla a distancia. Puesto que hay una gran diferencia en el modo de percibirlo en las orillas del Sena y en las del Támesis. Al expresarse en lengua inglesa allí donde se hace sentir la necesidad de hacerlo, al traducir al inglés lo que Beckett se desveló por expresar en francés, Badiou estima hasta qué punto el papel que cumple aquí o el que se le hace cumplir en otra parte no corresponde a la situación que le es propia.

Aunque diferente, la huella dejada por la guerra en la formación de Jean-Claude Milner también fue determinante. Su padre, un judío de origen lituano, era un asiduo de Montparnasse. *Bon vivant*, era avaro con sus recuerdos y reservado con respecto a su uso del tiempo. Denunciado por una vecina durante los años de la Ocupación, se incorporó al Servicio de Trabajo Obligatorio para escapar a lo peor. Jean-Claude, sin embargo, solo comprendió hacia los quince años, y atando cabos, que era judío: su padre consideraba que la palabra tenía muy poco sentido, salvo en la cabeza de los antisemitas. Su tía, por su parte, desapareció en el gueto de Varsovia.

Una amiga íntima de sus padres, que regresó en 1946, había sido deportada a Auschwitz.

Esta historia tuvo mucho peso en sus años de aprendizaje y una profunda incidencia en su trayectoria intelectual, pero no al punto de impedir al adolescente vivir, aficionarse a las novelas frívolas, complacerse en la lectura de Rosamond Lehmann y dejarse invadir totalmente por el silencio paterno.

No hay que apoyarse demasiado rápido en la viñeta personal. Y sería inoportuno reducir esta controversia a una mera diferencia de temperamento o de historia personal. A menos que admitamos que el biografema o la protohistoria ocultan la curva de vida, como lo hace la temperatura con el silencio de los órganos; que la contingencia es todo y la elección original, nada, o que las determinaciones sociales son un absoluto, y la “insondable decisión del ser” (Lacan), un antojo de psicoanalista. En el caso de Jean-Claude Milner y Alain Badiou hay a no dudar marcos explicativos que tienen sus raíces en la primera infancia o la juventud. Pero no hay que forzar el trazo. La tumultuosa relación entre Sartre y Camus no se reduce a la desavenencia entre un pequeño burgués parisino de pelo rizado y un niño pobre que juega al fútbol con los chiquillos de Mondovi, en Argelia, así como la encrespada amistad de estos dos

epígonos de mayo del '68 no podría reducirse a un combate titánico entre el padre glorioso del primero y el padre antojadizo del segundo, para no hablar de las madres, que no harían sino corroborar el análisis.

Pensar que una vida puede ensuciar una obra o engrandecerla es algo típico de una mente pleitista, ciertamente no de un pensamiento inspirado. Una idea así impone de manera desvergonzada el punto de vista de la muerte sobre la vida. Opaca lo que puede suceder con estos dos grandes seres vivos cuya obra no está terminada, y que no podríamos, sin equivocarnos, inmovilizar en la arcilla. Jean-Claude Milner, que en *La arrogancia del presente* (2009) confiesa haber cumplido el “deber de infidelidad”, está bien situado para saberlo. Su decisión de consagrarse a la lingüística estructural y no a la filosofía, a la vez que sentía una franca admiración —que Alain Badiou comparte— por Lacan y Althusser, pesa aún hoy. Marca una orientación inaugural que fue para él una manera singular de entrar a la lengua francesa, soportar sus silencios, recoger las palabras de la Revolución francesa y no convertirse en “criado del presente”. El cual, a su modo de ver, no es más que el portavoz de la sociedad ilimitada o, si se prefiere, el síntoma del progresismo beato, que solo toma en consideración a los débiles a condición de que se queden en su lugar

y no perturben en demasía su sed de poder, conquista y dominación enmascarada.

Esa decisión original designa en todo caso el horizonte de este diálogo en lo que respecta al destino de la lengua francesa, que hoy es para Jean-Claude Milner una “lengua muerta”, así como la historia de Francia está para Alain Badiou “al final del camino”. Puesto que si hay un ámbito en el que nuestros dos interlocutores han coincidido y se han reconocido y unido, es –no por azar– el que lleva el nombre de “Francia”, cuya historia se borraría –para parodiar a Michel Foucault– “como en el límite del mar un rostro de arena”. Al extremo de ceder su lugar, en esa playa ahora sin rostro, a un nombre separador, “francés” en este caso, “al que individuos y grupos tienen la obligación de ser lo más semejantes posible para merecer una atención positiva del Estado” (Alain Badiou). O bien, signando entonces el secreto de la tranquilidad prometida en esta playa desembarazada del nombre “Francia”: la revancha del “espíritu sesentaiochesco” que “se erigió en el mejor aliado de la restauración” (Jean-Claude Milner).

Tal fue, pues, el resultado de este diálogo que hace un balance de nuestra historia reciente. Ya se trate de la izquierda y la derecha, de las que Jean-Claude Milner cree que no se definen por “valores”;

de la herencia de Nicolas Sarkozy; de la especificidad de la maquinaria gubernamental francesa, que solo funciona a condición de que los notables se reconcilien, o de la muerte anunciada del intelectual de izquierda, es toda una serie de oposiciones ficticias la que vuela aquí en pedazos bajo los mazazos del intercambio. Ni siquiera la oposición de los modernos y los antimodernos se salva de la obsolescencia.

Tras haber abandonado uno y otro el planeta muerto de la revolución, por caminos, es cierto, diferentes, se percataron de que ella era ahora partícipe de la tradición. Su fin signa el fin de su destino, pero no, sin duda, el fin de este fin. Por fin es posible entonces, al leer esta conversación, ser moderno sin desprecio de la tradición, como escribe Michel Crépu con referencia a Chateaubriand. Como el deber de transmisión es garante del futuro, ya ni siquiera es necesario oponer el pasado al porvenir para darle existencia. El clásico ya no es el que se opone a la revolución o el progreso, no es el que recicla el pasado en un folclore tan vano como tedioso: es el que lo reconfigura, le devuelve su parte de experiencias y fracasos para brindar su oportunidad a la invención. ¿De qué oportunidad se trata? En este punto los clásicos divergen. Y no nos sorprenderá encontrar como conclusión un motivo que recorre el conjunto de este

intercambio vigoroso, iniciado con el recordatorio de una polémica originaria.

En efecto, Jean-Claude Milner y Alain Badiou no han abandonado el planeta revolución en el mismo barco. Y no hay medida común entre el apartamiento de la visión política del mundo en Jean-Claude Milner y la búsqueda de esta en Alain Badiou. En consecuencia, este intercambio nos invita ante todo a una lectura del siglo de las revoluciones, como decía Antoine Vitez, el siglo del comunismo: a una lectura a dos voces que permite desplazar o interrogar –depende– tanto el enfoque antitotalitario como el enfoque secuencial, según el cual el fracaso del ciclo de las revoluciones sería sucedido por un período “intervalar” capaz de presenciar la refundación de una visión emancipadora de la historia.

Desde ese punto de vista, el intercambio sigue a una antigua discusión que cobró un cariz inédito en oportunidad de la aparición en 1992 de *Constat*, libro que marcó un viraje fundamental en la trayectoria de Jean-Claude Milner. Aquella discusión se refería a la opacidad del nombre político y el estatus del infinito, tal como se acoplaba al entusiasmo revolucionario y el progreso inducido por la Revolución francesa. Con el rechazo de las conductas del máximo, de allí en más desvinculadas, a su juicio, de la

rebelión y el pensamiento, Milner abría el camino a una discordia que nunca fue desmentida. Desde entonces, el escepticismo del autor de *La política de las cosas* no dejó de chocar con la pasión doctrinal de Alain Badiou, el filósofo.

Ese inicio de una discusión no podía terminar en letra muerta. Tras la muerte de Guy Lardreau en 2008, Jean-Claude Milner reanudó la relación con Alain Badiou, que tres años después tendría la idea de esta *disputatio*. ¿Cómo retomar el rumbo? ¿Qué basamento dar a esta pregunta, toda vez que se dirigía a ese otro que todavía quería “cambiar el mundo”? ¡Aventurémonos en la lucidez y la prudencia!, decía uno. ¡Atrevámonos a plantear hipótesis!, decía otro. Frente a una alternativa semejante, era menester que el enamorado de Lucrecio acometiera contra la coraza del heredero de Platón. Sus argumentos minimalistas, en efecto, ¿no eran una suerte de desafío lanzado a las proposiciones maximalistas del autor de *Lógicas de los mundos*? De igual modo, la “hipótesis comunista” de este último era el testimonio de un asalto final contra los renegados de la “nueva filosofía” que, en el caso de Jean-Claude Milner, se ponían el traje no de una renuncia al pensamiento sino de la antifilosofía o, para ser más preciso, de un pragmatismo sutil que asociaba en él el rechazo feroz de la vio-

lencia en nombre de las masacres de la historia y una cruda lucidez sobre los bandazos heroicos de su interlocutor. Antes de que el nombre judío –y lo que de él deriva en cuanto al estatus de lo universal– viniera a interponerse y reactivar la polémica, esta vez en serio.

Era necesario reactivarla y especificar sus objetivos. Había que devolverla a un trayecto que solo podía establecerse a través de lo que constituye el dispositivo de pensamiento de estos dos hijos de la guerra. Por dispositivo hay que entender un poco más que un aparato o una armadura; cuando dos clásicos se encuentran, cuando discuten sobre el tiempo por venir, no se trata del matrimonio homosexual sino del tipo de acceso que ellos tienen a lo real. Cuando Jean-Claude Milner dice: “No tengo una ontología afirmativa”, y Alain Badiou le responde que puede haber una convergencia local entre una ontología afirmativa y una “ontología dispersiva”, habida cuenta de que en los dos casos el mundo se nos ofrece bajo la apariencia de la multiplicidad, no hay que subestimar el alcance del intercambio. Este inaugura la divergencia masiva que se despliega al ritmo de la controversia; instala un reconocimiento que, pese a ser común en un inicio, no vale sino por sus consecuencias, por la aventura de pensamiento que engendra el

diferendo y lo alimenta, a fin de desarrollar la fórmula: “El siglo XX ha tenido lugar”. La crisis de la política clásica es la prueba de ello. En eso ambos autores convergen, es grato comprobarlo, pero cada uno propone una interpretación diferente. En Jean-Claude Milner, el núcleo duro de la política es el matar posible, la supervivencia de los cuerpos. Mientras que en Alain Badiou es el “proceso histórico de la correlación colectiva entre igualdad y libertad”, y también el posible retorno a la inteligibilidad de las masacres.

Así, el desacuerdo acerca del “terrible siglo XX” y sus secuelas es total. El segundo filme de Jean-Marie Straub y Danièle Huillet, estrenado en 1965, se titulaba *No reconciliados*. En alemán, *Nicht versöhnt*. El título conviene a la perfección a estas dos inteligencias que han recorrido a grandes zancadas el siglo anterior. Expresa bastante bien su deseo de no saldar a bajo precio su experiencia. Como si la violencia de ese siglo todavía irrigara su pensamiento del momento. Y como si les incumbiera a los dos hacer saber al público que no se avendrán a un presente humillado; que es importante preguntarse si la pequeña burguesía tiene aún un futuro; que existen al menos dos maneras de interrogar su salida de la historia, definitiva para Jean-Claude Milner, provisoria para Alain Badiou, y que es posible cultivar la distancia entre

dos concepciones cercanas, y no obstante antagónicas, de la transmisión.

Dos monstruos, decía yo, a quienes todo separa, y a los que hemos reunido. Dos auténticos no reconciliados que no han perdido nada del espíritu de disputa, que no aspiran a agotar tan pronto y que escrutan el mundo que viene armados de esta visión compartida: “Para acabar aún”.

Philippe Petit, septiembre de 2012